



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica y el problema de la modernidad

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1994). Latinoamérica y el problema de la modernidad. *Cuadernos Americanos*, 4(46), 11-28.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 46, (julio-agosto de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LATINOAMÉRICA Y EL PROBLEMA DE LA MODERNIDAD*

Por *Leopoldo ZEA*
PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE DIFUSIÓN DE ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS, UNAM

1. *Caen muros*

1989 FUE EL INICIO DE UNA NUEVA HISTORIA, fin de siglo y fin de milenio. Año clave de una historia que cambiara en su totalidad. Ese mismo año se cumplía el Bicentenario de la Revolución Francesa. Michel Rocard, de Francia, recuerda con euforia las palabras de Victor Hugo: “En el siglo xx habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siglo siguiente se llamará Humanidad”. Es el punto de partida de una globalización que abarcará a toda la Humanidad. Mijail Gorbachov, el hombre de la *perestroika* en la Unión Soviética, el artífice, acaso sin proponérselo, de los cambios que habrán de seguir a esta euforia, asiste a los festejos del Bicentenario de la Revolución Francesa que se relaciona con la Revolución socialista rusa de 1917, que ve como prolongación y ampliación de la francesa. Una sola y gran revolución que hará del siglo XXI esa nación que se llamará humanidad. “La nueva época —dice Gorbachov—, exige interpretar desde una óptica nueva las célebres consignas de la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Al conservar su vitalidad histórica, estas consignas adquieren contenido distinto. A saber: la humanidad tendrá futuro, si se reconoce que la libertad y el bienestar de todos condiciona el bienestar y la libertad de cada pueblo y de cada hombre”. No basta declararse libre para serlo plenamente, hay que posibilitar el

* Trabajo presentado en el Foro del Consejo de Investigaciones Sociales de América Latina realizado dentro del XLVIII Congreso de Americanistas, en Estocolmo, Suecia, entre el 4 y el 9 de julio de 1993.

bienestar de otros hombres como algo propio del hombre. Así la Revolución iniciada en el siglo XVIII es sólo un anticipo de la Revolución socialista del siglo XX. Esto ya implica un reparto equitativo de esfuerzos, sacrificios y beneficios.

Empiezan los derrumbes de muros, murallas y de todo lo que divide a Europa del resto del mundo. Se perfila una sola y gran ideología al servicio de todos los hombres, sus libertades y necesidades. Los mismos países dentro del bloque socialista se emancipan de la Unión Soviética, justificados con la *perestroika* y sin resistencia de su conductor. Se abren para estos pueblos las posibilidades de ingresar al llamado mundo libre que tantos guiños les había hecho para que se sacudiesen el comunismo. No hay resistencia alguna en la Unión Soviética. Dentro de ella los pueblos que la forman hacen demandas semejantes de autodeterminación, lo propio de pueblos que se descubren distintos entre sí. Se derrumban los muros, termina la guerra fría y con ello los arsenales de esta guerra quedan obsoletos. Termina igualmente la lucha de ideologías. Sin embargo, también se desatan demonios hasta entonces ocultos. Serán estos demonios los que pongan fin a la euforia de 1989.

2. Se levantan nuevos muros

LA euforia respecto de la posibilidad de una Nación que en el siglo XXI se llamará Humanidad, Casa Común Europea, que podría ser Casa Común del Hombre, va encontrando obstáculos. Gorbachov encuentra de inmediato resistencias como la de Mitterrand que pregunta: ¿Casa Común? ¡Sus inquilinos siempre podrán seleccionar a sus posibles vecinos! En este mismo año de 1989, aparece el ensayo del filósofo estadounidense Francis Fukuyama: *El fin de la historia*. Aquí no se habla de la Casa Común del Hombre, ni siquiera de la Casa Común Europea, sino del mundo liberal del siglo XIX que truncó la Primera Guerra mundial en el siglo XX, luego la segunda y con ellas dos revoluciones: la socialista de 1917 y la nacionalista de los pueblos que se denominarán tercermundistas. Francis Fukuyama escribe: "Es posible que lo que estamos presenciando no sea simplemente el final de la guerra fría o el ocaso de un determinado periodo de la historia de posguerra, sino el final de la historia en sí, es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano". Un estado homogéneo "con democracia liberal en la esfera política combinada con el fácil acceso a las videocasetas y estéreos en la economía". La economía de

libre mercado, que por serlo es excluyente de los que no estén preparados para la competencia que ella implica. Fuera están, por ello, el llamado Tercer Mundo y con ellos los países que han roto con la integración que les había impuesto el socialismo real. Es obvio que el filósofo estadounidense piensa que son los Estados Unidos los más capacitados para garantizar esta nueva, aunque más bien vieja, historia frenada en el siglo xx. Poco después, al iniciarse 1991, el presidente de los Estados Unidos, George Bush, al declarar la Guerra a Irak, dice ante la Cámara de Representantes: "Estados Unidos asume una proporción importante de liderazgo en esta iniciativa. Entre las naciones del mundo, sólo Estados Unidos tiene tanto la estatura moral como los medios para sostenerla". No es el triunfo del hombre sin más, sino el de un grupo de hombres que no están dispuestos a convivir y a compartir sus éxitos con gente que no ha demostrado estar a su altura. El Tercer Mundo, y con él la América Latina, deberán perder toda esperanza de ingresar al mundo neoliberal si antes no están capacitados para ello. Capacitación difícil para estos pueblos porque en una sociedad de competencia los triunfadores no estarán dispuestos a formar competidores. Estados Unidos, al finalizar el mismo 1989, cuando cae el último bastión del comunismo real en Rumania, bombardea y ocupa Panamá para castigar a un bribón que había estado a su servicio y que había dejado de estarlo. Luego la guerra del Golfo Pérsico, en que se castigó a otro pueblo cuyo líder había sido potenciado para enfrentarse a un peligroso obstáculo de la hegemonía occidental, Irán.

Si para la Europa del Este el fin de la guerra fría significó su emancipación de la hegemonía soviética, para la Europa Occidental significará la posibilidad de hacer realidad un sueño puesto en marcha en 1959, la integración de la misma y con ella la posibilidad de la Casa Común Europea. En ello no se contempló la entrada de la Europa del Este, libre del dominio soviético. Para la Europa Occidental era la oportunidad de romper con la dependencia que su protector Estados Unidos le imponía como garante de su integridad frente a la Unión Soviética, integridad que debería pagar sometándose a los intereses del poderoso protector. Como resultado de la retirada unilateral del líder de la Unión Soviética, Gorbachov, de la carrera armamentista, que impedía a su pueblo entrar en un mundo que no estaba reñido con el modo de vida capitalista, los Estados Unidos se vieron obligados a retirarse de la Europa Occidental. Su poderoso armamento resultaba entonces obsoleto. Europa no sólo

podía ser parte del mundo del que hablaba Fukuyama, sino ser su propio líder. Algo semejante sucedió en el Pacífico, donde podían entrar en la economía de mercado pueblos como el japonés que, al igual que los europeos, estaban mejor preparados que Estados Unidos porque no estaban obligados a construir armas. En su lugar fabricaban utensilios domésticos, como lo reclamaba la economía de mercado. La guerra de Irak, encabezada por Estados Unidos, no era sino una advertencia a Europa de que aún existían enemigos para vencer: la gente del Tercer Mundo podría amenazar el desarrollo de Occidente. Pero fue inútil, Europa sabía que podría seguir su propio camino sin dependencia alguna.

3. Se desatan los demonios

EUROPA Occidental pronto empezó a ver como una carga a la otra Europa, la que se había formado dentro del socialismo real. En eso tenía razón Fukuyama. En cuanto a la América descubierta por Europa quinientos años antes, ya se podía prescindir de ella. Pero no sólo de la América Latina, sino también de los Estados Unidos, atrasados como estaban en esa economía de mercado. Los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra mundial, Alemania en Europa y Japón en el Pacífico, se convertían en líderes en la elaboración de mercancías domésticas al alcance de la gente común que pudiera pagarlas.

Frente a la Europa del Este, habría que levantar nuevos muros, esta vez para no dejar entrar, y hacer igualmente frente a los países del llamado Tercer Mundo. Rechazar y expulsar de sus mercados a la misma potencia militar, Estados Unidos, que había dejado de ser necesaria en un mundo sin guerra fría. Los demonios empezaban a emerger, por lo pronto Estados Unidos y Europa Occidental estuvieron de acuerdo en desarticular la Unión Soviética, estimulando los nacionalismos que estaban brotando. El reconocimiento de la independencia de los países bálticos por Estados Unidos será el principio del fin de la Unión Soviética y del mismo detonador del orden que estaba surgiendo, Mijail Gorbachov. Las ambiciones de la Alemania Occidental la llevarán a asimilar a la otra Alemania para luego reconocer la independencia de Eslovenia y Croacia y con ello desarticular, también, Yugoslavia. Los demonios ocultos quedaban sueltos, presentes en las tragedias de la división de la Unión Soviética y Yugoslavia.

4. *Estados Unidos necesita de América Latina*

EN 1992, Estados Unidos, la potencia surgida en el mundo descubierto por Colón hace 500 años, había crecido lo suficiente para imponer su presencia a Europa, pero ahora Europa tomaba conciencia de que, como el resto de esa América, resultaba prescindible. Los problemas que se plantean a Europa y al Pacífico son en relación con la nueva economía. El presidente Bush ve cómo el liderazgo universal de los Estados Unidos está en entredicho. Este país ha sido desplazado de los grandes mercados de Europa y Asia. ¿Qué hacer?

Al sur de sus fronteras existe un gran conjunto de pueblos hasta ahora visto como simple traspaso de sus intereses. Pueblos a los que se quiere mandar al vacío en el mundo occidental para recuperar las metas que se frustraron en el siglo xx. Pero al sur de las fronteras estadounidenses, en América Latina, hay algo más que materias primas baratas, que la nueva tecnología hace prescindibles, algo más que mano de obra barata que el robotismo hace cada vez menos necesaria. Allí están quinientos millones de gentes que, en lugar de ser un lastre, pueden ser un gran mercado para la nación desplazada de los grandes mercados mundiales, quinientos millones de potenciales compradores. Pero para ello será menester que esta región, América Latina, supere su ancestral miseria, el atraso material y político que le fue impuesto en quinientos años de historia colonial y neocolonial. Estas gentes pueden transformarse en un gran consumidor; pero pueblos pobres, miserables, nunca podrán ser buenos consumidores. Será menester que esta región se incorpore a la Modernidad, que participe en el desarrollo de la potencia que considera es la gran triunfadora con el fin de la guerra fría. George Bush hace la propuesta para que primero México, y luego el resto de América Latina se integren con Estados Unidos a un gran mercado capaz de enfrentar y superar los que ya se están formando en Europa y en Asia. Primero con México, con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, a continuación con el resto de los países de América Latina según la Iniciativa para las Américas del mismo presidente George Bush.

Para la América Latina esto puede ser la posibilidad de realización de un viejo sueño, el de su incorporación a la Modernidad de la que son motores Europa Occidental y Estados Unidos. Estados Unidos sabe que por su propio bien esto debe posibilitarse. Por ello la derrota del presidente Bush en las elecciones de 1992, lejos

de anular esta posibilidad, hizo que fuese recogida por el candidato triunfante, William Clinton. Su aplastante triunfo fue el triunfo de las minorías que juntas forman mayoría, que luchan contra la marginación de que había venido siendo objeto el poderoso país. También allí empiezan a desencadenarse los demonios, expresos en sucesos como los de Los Ángeles, California, en 1992. Clinton comprende el mensaje, y por ello su principal preocupación serán los problemas internos de los Estados Unidos, esto es, los del pueblo estadounidense que incluye a esos millones de marginados. Se abandonará el supuesto predominio imperial, que todavía Bush trató de mantener porque es muy alto el costo social que tienen que pagar por él los más pobres de Estados Unidos y sus débiles vecinos al sur de sus fronteras. El Tratado de Libre Comercio y la integración económica del resto de América Latina siguen siendo una prioridad para los Estados Unidos en un más amplio contexto.

5. Resistencia a la integración de las Américas

No será fácil el primer paso, el Tratado con México, que encuentra grandes obstáculos, internos y externos. Internos porque implican para México cambios económicos y políticos que afectarán intereses creados en el sistema que surgió de la Revolución de 1910. Externos porque hay muchos grupos de interés que consideran que tal tratado les afectará, no importando que beneficie a Estados Unidos como nación. Son éstos los que lamentan el abandono hegemónico de Estados Unidos sobre el mundo. La resistencia se hace patente preguntando *¿cómo puede integrarse económicamente a Estados Unidos un pueblo económicamente inferior como el mexicano?* Así lo plantea un Ross Perot, quien piensa que esto debe hacerse con Europa y Japón. Pero precisamente Europa y Japón son los que están planteando el problema económico a los Estados Unidos. Las resistencias son vencidas en uno y otro lado. El Tratado lo aprueba el Congreso de Estados Unidos en noviembre de 1993. De inmediato se hace patente la importancia que para Estados Unidos tiene el TLC; el presidente Clinton se reúne en Seattle con los países del área del Pacífico para superar las diferencias entre Estados Unidos y los pueblos de la Cuenca del Pacífico. De inmediato Clinton se traslada a Europa para poner fin a las diferencias que existen en el GATT con Europa. Estados Unidos se fortalece económicamente, lo cual representa una gran esperanza para México y América Latina respecto de su inclusión en la Modernidad. El 1o. de enero de 1994 se pondrá en marcha el Tratado que,

pese a los obstáculos, se muestra como una gran oportunidad para realizar de los sueños de modernización de Latinoamérica.

Pero ese 10. de enero, los mexicanos despiertan sorprendidos al ver en la televisión a un hombre sin rostro que desde la Selva Lacandona declara la guerra "al Ejército Federal Mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos, monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo Carlos Salinas de Gortari". Se pide a los otros poderes que depongan al dictador y dicen que marcharán a la capital "venciendo al ejército federal". Declaración de guerra hecha por gente sin rostro, poderosamente armada, pero seguida de una tropa de jóvenes indígenas insuficientemente armados, que llevan inclusive fusiles de madera pintada.

6. El sueño de la modernidad latinoamericana

ALFONSO Reyes habló ante la inteligencia europea de la inteligencia americana o latinoamericana y de las desgracias que le habían impedido ingresar en la Modernidad encarnada en la Europa Occidental y Estados Unidos. Entre ellas, la "muy específica de ser americano", es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco de la civilización. Otra, la de su "formación cultural latina y no sajona". A su lado, otra fatalidad, la "de pertenecer al orbe hispánico", al de un pueblo que había perdido la carrera de la historia en 1588 contra Inglaterra y en 1898 contra Estados Unidos, derrotado en el Golfo de México y el Pacífico, por los descendientes de los mismos hombres que le habían vencido en 1588. Otra desgracia, la de ser parte de un mundo cargado de indígenas y el mestizaje con indios y gente de otra raza, como la africana. Diversidad de razas que al integrarse formaban lo que José Vasconcelos dignificó como "Raza Cósmica". La dominación ibera fue expulsada de América por la insurrección de sus colonias y la derrota que le impuso la América Sajona, dejando un "vacío de poder", que de inmediato buscaron ocupar países de la Europa Occidental y los Estados Unidos. Frente a esta situación, la larga lucha de los pueblos que habían entrado a la historia bajo el signo de la dependencia y trataban de salir de ella para poder ser parte activa y no pasiva de la Modernidad. A todo a lo largo del siglo XIX y XX, una Modernidad que había alcanzado un desarrollo jamás imaginado.

Para entrar en la Modernidad, en el siglo XIX la inteligencia de América Latina intentó borrar la única historia que tenía, la formada por tres largos siglos de coloniaje. Había que cambiar la piel

y lavarse el cerebro. Renunciar a una identidad impuesta por el coloniaje y apropiarse de la identidad de los pueblos que eran motor del progreso y la civilización de la Modernidad. Había que ser como los europeos o los yanquis del Sur. "Seamos como los Estados Unidos", gritan los civilizadores en la América Latina. Por la emancipación mental, claman los reformadores y educadores de la región; para ello es necesario utilizar las filosofías y doctrinas que se suponía habían hecho de la Europa Occidental y Estados Unidos adelantados de la Modernidad.

Vano empeño, porque esto implicaba enfrentar y vencer hábitos y costumbres impuestos a lo largo de tres siglos de coloniaje y vencer igualmente los intereses internos y externos que se oponían a la Modernidad, ya que ello implicaba un gran peligro para sus intereses. Pero también enfrentar a los mismos conductores de la Modernidad. Modernidad que implicaba una competencia en que se imponían los mejores en una lucha como la descrita por Darwin en *El origen de las especies*. Los señores de la Modernidad, el Mundo Occidental, no iban a permitir el libre surgimiento de gente que pudiese en entredicho los triunfos alcanzados. Los latinoamericanos tenían que luchar, dentro y fuera, para entrar en la Modernidad.

Pero ¿qué es la Modernidad? Se parte de la idea de que el hombre no sólo es parte de la naturaleza sino que la domina y la pone a su servicio. Así se hizo en Europa y se continuaba en Norteamérica. Pero para ello era menester estar capacitado para instrumentar la naturaleza a su servicio. Y dentro de ésta hay otros hombres, aquéllos que la expansión iniciada en 1492 va sometiendo tanto en América, como en Asia, África y Oceanía. Son los indígenas, de los que habla Arnold Toynbee cuando dice: "Cuando nosotros los occidentales llamamos a cierta gente 'indígenas' es que los vemos como árboles que caminan o como animales selváticos que infestan al país, a los que sólo se les debe tratar como sabandijas por exterminar o como animales domesticables para utilizar". Ésta es la obligada relación que se establece entre colonizadores y colonizados: los indígenas vistos como parte de la flora y fauna por utilizar o desbrozar. Una larga y casi inútil lucha tendrán que realizar estos llamados indígenas, para que los reconozcan como hombres, esto es, como semejantes a sus colonizadores y como tales poder participar en el uso de la naturaleza, lo que implica poner fin al sometimiento del hombre como si fuera parte de la naturaleza.

A estos esfuerzos se ha contestado con diversas formas de violencia, como la guerra sucia para hacer de los males de esta región

un instrumento adecuado para mantener el dominio sobre ellos. Expresión de esta lucha por romper las trabas que impiden entrar a la Modernidad será la Revolución Mexicana de 1910. Revolución que pudo alcanzar algunos logros a partir de las situaciones que ahora tiene que enfrentar el mismo Mundo Occidental, como ha sido el desgaste que para la misma significaron las dos grandes guerras mundiales, la Revolución Nacionalista iniciada en 1910 en México y la Socialista en 1917 en Rusia. Las primeras revoluciones que en Latinoamérica trataron de seguir los pasos de la mexicana fracasaron por la guerra sucia a que fueron sometidas, con el triunfo de los intereses de las oligarquías latinoamericanas, impulsadas como el instrumento de represión al servicio del mundo desarrollado, como lo fueron las dictaduras militares que surgieron en el Cono Sur y las que azotaron a Centroamérica. La Revolución Mexicana, a través de la organización política que se dio a sí misma, pudo frenar los intereses internos que fácilmente se ponían al servicio de intereses externos. Frank Tannenbaum habló con énfasis de "México como yunque de la política exterior de los Estados Unidos". Consideró que lo que pasara a México en su resistencia, pasaría también al resto de la América Latina y al mundo en vías de desarrollo. Esto es, precisamente, lo que ahora se está haciendo patente.

7. Esperanza interrumpida

Los problemas de los Estados Unidos al término de la guerra fría, anulando su relación con los pueblos bajo su protección armada en Europa y la Cuenca del Pacífico, hicieron de la América al sur de sus fronteras algo necesario para salir de la propia marginación de la que estaban siendo objeto. Sin embargo, la posibilidad de que América Latina entrase en la Modernidad en otra relación que no fuese ya la de simple instrumento encontrará muchas dificultades expresas, precisamente, en los anuncios que de sí mismo hacía el próspero Mundo Occidental. Ahora se anuncia, no ya el fin de la historia, sino el fin del posible desarrollo para los pueblos que no alcanzaron.

La explotación de la naturaleza sobre la que se había levantado la Modernidad no podía ya ser continuada. La naturaleza ya pasaba la cuenta a sus prósperos explotadores. El presidente de Estados Unidos, George Bush, en la Conferencia sobre Ecología realizada en Río de Janeiro en 1992, anunció el fin de esta explotación. El desarrollo no podía ya seguir por este camino. Para ello el

Mundo Occidental se comprometía a detener una explotación que la naturaleza no iba ya a admitir. Al mismo tiempo se pidió a los pueblos que no alcanzaron el desarrollo, se abstengan de hacerlo; que tendrían que renunciar al desarrollo por esta vía. Todo deberá detenerse. Los pueblos subdesarrollados deberán renunciar al desarrollo. Pero además el mundo desarrollado, aun siéndolo, no podía compartir lo logrado porque entonces la miseria se generalizaría.

Luis Donaldo Colosio, en junio de 1993, como encargado del Instituto Nacional de Solidaridad, organizó un Seminario Internacional sobre "Libertad y justicia en las sociedades modernas", al que asistieron expertos de Europa, Estados Unidos, México y de varios países de América Latina. Se planteó allí el problema mismo de la Modernidad como expresión del desarrollo que podrán alcanzar las sociedades. Europeos y estadounidenses sostuvieron el fin del desarrollo mismo. No se podía ir más lejos, pero tampoco hacer nada por los pueblos que no habían alcanzado el desarrollo. Todo lo alcanzado por el Mundo Occidental, todo lo acumulado por el mismo, no podía ser compartido, porque esto sólo originaría la miseria total a la que obviamente no estaban dispuestos quienes por su propio esfuerzo habían alcanzado el desarrollo. Sólo se podía pensar en pequeñas compensaciones, esto es, limosnas, que poco o nada servirían en un mundo condenado al subdesarrollo, esto es, a quedar fuera de una Modernidad que había agotado sus posibilidades.

Fue dentro de este contexto de esperanzas originadas en los problemas que afrontaban los Estados Unidos y las premoniciones que auguran que el desarrollo era imposible, que los mexicanos despertaron el pasado 1o. de enero con la noticia del levantamiento armado que, de tener éxito, pondría fin, o al menos aplazaría, aún más, sus sueños de modernización. El Ejecutivo, superando el desconcierto de esta sorpresiva declaración de guerra, enfrentó a los sublevados, expulsándolos fácilmente de los pueblos en Chiapas tomados sorpresivamente por ellos; los acorraló para darles el golpe final. Sin embargo, el presidente de la República, Carlos Salinas, declara un alto al fuego unilateral, ofreciendo amnistía total, hace cambios en su gabinete y propone el diálogo. No se iba a seguir el camino de la represión que se siguió en otros países al sur de América Latina, ampliando la guerra sucia que tanto daño ha causado a esa región.

Obviamente, y así lo expresaron los alzados sin rostro, era una acción para impedir que se pusiese en marcha el Tratado de Libre

Comercio. Las mismas voces que en México se habían opuesto a su firma justificaron la revuelta y condenaron la contraofensiva del ejército. Pero también, tanto en Estados Unidos como en Europa, se hizo la defensa y magnificación de la rebelión montada sobre las miserias de los pueblos que a lo largo de quinientos años no habían sido resueltas. Se condenó la respuesta armada de la declaración de guerra y la violencia iniciada. Se habló de gente armada con palos y fusiles de madera que eran precisamente lo que les habían entregado los conductores de la sublevación. Prensa interna, externa y organismos no gubernamentales condenaron a México por haber respondido a la declaración de guerra con la ofensiva que el mismo presidente detuvo de inmediato. En Estados Unidos, los mismos opositores al Tratado con México que sería posteriormente extendido al resto de América Latina, pidieron la anulación del Tratado porque México no había respetado los derechos humanos de los indígenas ni su gobierno había hecho nada por poner fin a la miseria de quinientos años de colonaje. Se habló inclusive del reconocimiento del ejército comandado por gente que ocultaba el rostro.

A este golpe siguió el del asesinato del candidato del PRI a la presidencia de la República, Luis Donaldo Colosio. El asesino declaró que no hablaría y que sólo lo haría ante los medios de comunicación y los organismos no gubernamentales. Se trataba de repetir el mismo ambiente del levantamiento en Chiapas. Mario, el asesino, como Marcos el subversivo, eran sólo patriotas que al violar las leyes de la nación y de la convivencia lo hacían en beneficio de la democracia y libertad en México. Por la democracia había que hacer de todo México una gran Selva Lacandona. Se insistía en condenar a México y su gobierno, con la condena pedir la anulación del Tratado. ¿Integrarse con un pueblo que no respetaba siquiera la vida de sus candidatos? En México respondían: ¿Qué pasó con John y Robert Kennedy en Estados Unidos?

8. Marginar la miseria

LA posibilidad de la entrada de México y Latinoamérica a la Modernidad se encuentra así sometida a dos fuegos que se complementan para mantener la región en la marginación. La entrada a la Modernidad, se volvió a replicar, implica estar preparados para ella y en obligada competencia que ha posibilitado un desarrollo supuestamente infinito. Preparación para la que pueblos como los

de América Latina, el llamado Tercer Mundo y los pueblos hasta ayer bajo el socialismo real, están incapacitados. Por ello, capacitarlos ha sido y sigue siendo la preocupación central, expuesta en la educación que ha de ofrecerse para ello. Capacitación que una y otra vez tropieza con los intereses dominantes a partir de la larga colonización en que se han ido turnando potencias y oligarquías para mantener sus privilegios. Capacitarse para el cambio es capacitarse para poner fin a los obstáculos que impiden el desarrollo de la nación. Nuestras universidades y otras instituciones educativas y de cultura hacen grandes esfuerzos para alcanzar la excelencia académica, la capacitación para el buen uso de las ideas, la ciencia y la técnica que han hecho posible la Modernidad.

La oposición interna parte de fuerzas que saben perderán sus privilegios al desaparecer la ignorancia, la falta de preparación, y se oponen diciendo: ¿cómo se puede pedir a pueblos que apenas pueden sobrevivir, que tengan además que esforzarse en el conocimiento de ideas, ciencias y técnicas que les permitirán enfrentar la dominación externa? Se reclama la gratuidad absoluta de la educación, que ha de ser pagada por el gobierno, que se cargará sobre un pueblo con escasos recursos para trabajar en la propia supervivencia. Sólo podrá superarlo la gente de alguna forma privilegiada como instrumento de la dependencia impuesta interna y externamente. Unos deberán simplemente trabajar y otros superarse con el trabajo de éstos, para mantener intacta la situación heredada de la dependencia impuesta.

Se habla también de la supuesta pérdida de identidad de los pueblos bajo coloniaje, ya que es obvio que los pueblos, al desarrollarse, serán distintos de lo que son bajo el subdesarrollo. Esto implica la pérdida de la propia identidad. ¿Cuál identidad? Si por identidad se entiende el modo de ser concreto, propio de cada hombre, esto no puede perderse si el mismo se beneficia con los extraordinarios elementos que le ofrece la Modernidad. Pensar de esta manera es continuar con la absurda pretensión de los civilizadores y positivistas latinoamericanos del siglo XIX, que intentaron dejar de ser lo que eran, para poder semejarse a quienes en Europa y Estados Unidos habían sido el resorte de la Modernidad. El intento por borrar la propia e ineludible historia, aunque fuera colonial, por arrancarse la propia piel, de lavarse el cerebro para convertirse en yanqui del sur, nunca funcionó. Japón, y con él los pueblos de la Cuenca del Pacífico, están mostrando que sus gentes no han tenido que renunciar a su historia, a su identidad, a su peculiar modo

de ser para poder asimilar la ciencia y la técnica de la Modernidad; simplemente adaptar esto a su peculiar identidad y así competir con éxito con los mismos pueblos que originaron la Modernidad.

Los pueblos que iniciaron la Modernidad lo hicieron no sólo dominando a la naturaleza, sino también a los hombres y pueblos sobre los que se expandieron, por lo que tienen obviamente ventajas sobre los pueblos manipulados. Los pueblos manipulados, que con sus riquezas y trabajo hicieron posible la Modernidad, para romper el dominio, tendrán que mostrar su capacidad en una lucha desigual. Romper las limitaciones, propias de la miseria, impuestas por el coloniaje, superar y mostrar su capacidad para una ciencia y una técnica que no ha estado antes a su alcance. ¿Cómo hacerlo? Improvisando, y al improvisar, fracasando, y al fracasar, aprendiendo una y otra vez hasta triunfar. Así lo hicieron los pueblos del mismo Mundo Occidental, Europa y Estados Unidos, pero a lo largo de varios siglos. Será más difícil para pueblos como los de América Latina, formados bajo el coloniaje que es un gran obstáculo. Obligado a hacer en años lo que el Mundo Occidental hizo en milenios. En este sentido aprender, asimilar, adoptar y transformar lo ya hecho para crear lo propio. Así lo están ya haciendo los asiáticos, ¿por qué no los latinoamericanos?

Desde el punto de vista del Mundo Occidental, este salto es imposible; para entrar a la Modernidad, los pueblos que con sus riquezas y trabajo servil la han hecho posible, sólo podían esperar. Ahora se dice que la naturaleza y el desarrollo han llegado a su fin, por lo que simplemente tendrán que quedarse donde están. Unos pueblos arriba, otros abajo o lanzados al vacío de la supermarginación. "Hagas lo que hagas", dice Próspero a Calibán en *La tempestad* de Shakespeare, "nunca serás mi semejante". Con esta gente, se insiste, no se puede nadie asociar; para que esto sea posible deberá aprender en años lo que el Mundo Occidental aprendió en siglos.

De allí los obstáculos para el Tratado de Libre Comercio de México con Estados Unidos y Canadá. Economías desiguales, que son sólo expresión de gente desigual. Se debe tratar con europeos y ahora con asiáticos, pero no con gente cuya pobreza, cuya miseria, puede a su vez desestabilizar a una gran nación como Estados Unidos. Esta desigualdad puede provocar que industrias ávidas de ganancias se instalen donde la mano de obra es más barata y al hacerlo dejen sin empleo a los trabajadores de Estados Unidos o de otras regiones desarrolladas de la Tierra. Ningún esfuerzo, se sostiene,

puede superar la miseria y la ignorancia. Invertir en esta miseria será sólo ampliar la miseria a los mismos pueblos que han alcanzado el desarrollo.

9. *La obligada convivencia*

ESTO fue, ni más ni menos, lo expresado por Francis Fukuyama al hablar del fin de la historia. Fin de la historia para los pueblos que han alcanzado el desarrollo y con él un mundo libre en donde los mejores serán siempre recompensados. Fuera de este mundo, en la historia, los pueblos del llamado Tercer Mundo, entre ellos la América Latina y los pueblos que se formaron en el comunismo. Negativa absoluta a compartir el desarrollo, los frutos de una Modernidad que se considera ha llegado a su fin. Negativa hecha expresa por la Europa Occidental en relación con sus ya libres vecinos de la Europa del Este, liberados de la hegemonía soviética. Resistencia en la Alemania Occidental a asimilar a una Alemania tan distinta como la que fue comunista. Igual resistencia a la gente que bajo el coloniaje se llevó a los grandes centros de la Modernidad, a las propias entrañas, para hacer el trabajo que se negaban a hacer los prósperos señores. Resistencia también en Estados Unidos a las múltiples etnias que en su expansión llevaron a sus entrañas y que ahora sienten los corroen. Europa, Estados Unidos, el Mundo Occidental en general, sueñan en una autarquía que la realidad muestra ahora imposible. De alguna manera hay que contar con los pueblos al otro lado de las fronteras y al otro lado de los mares que llevan ya dentro de sus entrañas.

Los Estados Unidos, marginados de Europa y Asia, capacitados para hacer armas, pero no los utensilios domésticos que reclaman ahora los pueblos para los cuales la guerra fría ha terminado, se han quedado sin el obligado mercado para una producción que hay que acelerar y no frenar. Obligados así a tomar en cuenta a las gentes al otro lado de sus fronteras y a las que ya tiene en sus propias entrañas, obligadas a buscar la integración continental en la que materias primas, producción y consumo están ligados, y con ello también los pueblos que antes estaban incapacitados para consumir. Así lo entendió el presidente George Bush y más ampliamente su sucesor, el presidente William Clinton. Había que establecer una nueva relación con México y el resto de América Latina. De esta relación iba a depender la relación misma de los Estados Unidos con los pueblos que ya se empeñaban en Europa y Asia en la búsqueda de algo común que supere la pura competencia.

El vicepresidente de Estados Unidos, Albert Gore, al hablar del T.L.C con México, dijo: "La aprobación del Tratado pone fin al mito de que es imposible celebrar acuerdos de libre comercio entre países de diferente nivel económico". Desniveles que el mismo Tratado debe superar, como han de ser superados los desniveles que los mismos Estados Unidos tienen con varios pueblos de Asia y Europa. El imperialismo de Estados Unidos ha pasado a la historia; el mismo sólo originó la fabricación de armamentos disuasivos, demasiado caros para una economía cuyos pies de barro se hicieron patentes al término de la Segunda Guerra mundial, algo que también se está haciendo patente en la Europa Occidental. Estados Unidos debe ahora competir, pero también negociar con los pueblos ayer bajo su hegemonía. Por ello "de las relaciones con México —agrega Gore— depende el futuro de nuestras relaciones con el continente y nuestra relación con el resto del mundo". Todos se necesitan entre sí; por ello es ahora más válido lo dicho por Frank Tannenbaum: "México es el yunque en donde se forja la política internacional de Estados Unidos". Una extraordinaria oportunidad para que la Modernidad no se agote y limite frenando a los pueblos que quieren todavía ser parte de ella.

10. *¿El futuro como pandemónium?*

ARNOLD Toynbee, en su *Estudio de la Historia*, habló de los determinismos que se hicieron presentes al inicio de la Modernidad y en este último siglo XX. El determinismo inspirado en la Reforma protestante que dividió a la Iglesia cristiana en el siglo XVI; de allí surgió el puritanismo del cual a su vez, en opinión de numerosos sociólogos como Tawney y Weber, se derivó el determinismo que posibilitó la ideología capitalista. Y en el siglo XIX fue la filosofía de Carlos Marx la que dio origen a otro determinismo, el comunista, que a lo largo de la tierra enfrentó el determinismo puritano-capitalista. "Los adictos a los credos deterministas sobre quienes su fe ha tenido un efecto estimulador, parten de la suposición de que su voluntad coincide con la voluntad de Dios, la ley de la naturaleza o los decretos de la necesidad que están por lo tanto destinados *a priori* a prevalecer. El Yahvé calvinista es un dios que defiende a sus elegidos, a los destinados a vencer; la necesidad histórica de los marxistas es una fuerza impersonal que produce la dictadura del proletariado. Ambos suponen su triunfo de antemano". La aparición del determinismo marxista puso en duda los supuestos del

determinismo calvinista. Los deterministas calvinistas empezaron a pensar que posiblemente Dios no estaba con ellos. A lo largo del siglo xx el nuevo determinismo puso en duda al anterior: "El determinista desilusionado que ha aprendido —dice Toynbee— por dura experiencia que su Dios no está después de todo con él, se ve condenado a llegar a la devastadora conclusión de que él y sus congéneres homúnculos, no son sino piezas de un juego que mueve Dios a su voluntad y no la de él".

Los Estados Unidos, prolongación de Europa en América, partieron del determinismo puritano expreso en el *Destino Manifiesto*, el cual empezó a imponer a los vecinos al sur de sus fronteras, como México, después al Golfo de México y las Antillas, desplazándose luego a lo largo de la tierra para ocupar los "vacíos de poder" del coloniaje europeo en Latinoamérica y el Caribe, Asia y África. Desplazan a España, a partir de ese Destino Manifiesto que los llevó, no sólo a expulsar a Europa de sus colonias, sino también a tomar parte en los destinos de la misma Europa. Así se enredan, contra las advertencias de los padres de la nación, en dos guerras mundiales iniciadas en Europa. En ambas guerras los Estados Unidos fueron los que se beneficiaron e hicieron de este beneficio instrumento para imponer su protección sobre la misma Europa. Protección contra el mal por excelencia, encarnado en el otro determinismo, el comunista. El comunismo que con la Unión Soviética se había transformado en una potencia capaz de poner en jaque al puritanismo capitalista. La larga guerra fría fue la expresión de la lucha entre estos dos determinismos. La desarticulación de uno, el comunismo, mostró la supuesta predestinación del otro, el capitalismo.

El determinismo calvinista se hizo patente en la retórica estadounidense durante la guerra fría, como lo fue en los discursos de los presidentes Ronald Reagan y George Bush. Una retórica que pudo continuar si el líder de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, no se hubiese cansado de ser el mal por excelencia. Cansado de desempeñar el papel de Satanás, o del Bien frente al demonio capitalista, lo cual sólo había impedido que el pueblo ruso alcanzase el bienestar económico y social ofrecido por el mismo socialismo. Poner fin a esta absurda situación será la propuesta de Gorbachov en el Bicentenario de la Revolución Francesa en 1989. La Unión Soviética abandonaba, unilateralmente, la carrera armamentista poniendo así fin a la guerra fría.

Estados Unidos, como líder del Mundo Occidental, tanto en la filosofía de Fukuyama como en los discursos del presidente George

Bush, declara triunfador absoluto al determinismo puritano, al capitalismo. Nada quiere saber este mundo de la solicitud de Gorbachov para que se ayude a su pueblo a hacer menos difícil su entrada al modo de vida capitalista, sin abandonar la solidaridad socialista. Para el Occidente era ésta la gran oportunidad de poner fin a una potencia que sería más peligrosa si entraba en la competencia de la economía de mercado. Habrá que anular a esta potencia en forma definitiva. Para ello se estimularán los nacionalismos que ahora surgieron. Lo mismo se hará en Alemania, en Yugoslavia, para imponer la propia hegemonía regional. Los demonios de los nacionalismos, las viejas etnias dominadas por los determinismos fueron así despertados y liberados. Demonios que ahora se extienden a lo largo de toda Europa y los Estados Unidos, poniendo en entredicho la idea del supuesto triunfo del determinismo capitalista y liberal. Demonios que golpean en las fronteras de Europa como golpean en las fronteras de Estados Unidos, demonios que están ya en las entrañas mismas de los pueblos que los llevaron dentro al expandirse a lo largo de la tierra.

Resumiendo, los problemas de México para incorporarse a la Modernidad, como los del resto de América Latina y otras regiones del mundo, provienen de la resistencia de los pueblos que han entrado a la misma a compartir sus frutos con pueblos que sólo han sido objeto de manipulación únicamente en beneficio de quienes han gozado y gozan de sus exclusivos privilegios. Los ocultos demonios que los determinismos puritanos y marxistas escondían han salido a flote. Los determinismos abrían, después de todo, esperanzas; su fin anula las mismas. No se puede ya volver al siglo XIX, al capitalismo salvaje que sólo hizo de los pueblos que lo sufrieron su propio instrumento. Por ello salen ahora a flote los múltiples resentimientos de los no menos múltiples marginados de la tierra. Los viejos dioses de las mitologías germanas, eslavas, latinas, indígenas, están brotando, saliendo a flote como salió el Wotán al final de la Primera Guerra mundial, el dios germano ensalzado por Wagner y utilizado para satisfacer a los marginados de la derrota.

Algo semejante está sucediendo en América Latina: en la Selva Lacandona en México ya se habló de Wotán-Zapata. Se resucitan los dioses mayas y con ello se habla de una raza que, como la germana, se ha de imponer en un continente que ha de ser de indios puros. Se habla de los dioses incas de Sendero Luminoso en el Perú. Fuera de este continente supuestamente indio quedarían criollos y mestizos, la gente que no es de la raza de los primeros habitantes

del continente descubierto hace quinientos años. Todo esto es producto del caldo de cultivo de gente decepcionada por la falta de solidaridad que ha encontrado y que ahora trata de cobrarse viejos sufrimientos. Es gente marginada por su etnia, piel, sexo, inclinaciones sexuales, religión, nacionalidad, situación social. Es éste el fantasma que recorre ya el mundo entero, que ya no el del comunismo, del que habló Marx, sino el de los múltiples marginados de la tierra.